

Abrir puertas para crecer (CI y emociones)

Por Karin Schröder, Santiago de Chile

A menudo siento que, al convivir con personas que tienen discapacidad intelectual, no logramos enterarnos que dichas personas, al igual que nosotros y en la medida en que se lo permitamos, presentan un desarrollo de inteligencia emocional mucho mayor del que nos podemos imaginar.

Es lo mismo que cuando un adulto se refiere despectivamente a un niño, y estando el niño presente, piensa que el niño no se da cuenta. ¡Grave error! Peor aún, en este caso se sigue haciendo frente a adolescentes y adultos, sin ni siquiera reflexionar acerca del daño que se está provocando.

Así como yo he creído en las capacidades de mi hija y el resto de las personas con síndrome de Down (y también en las mías), es como hoy me encuentro frente a una niña pre-adolescente, y con absoluta capacidad de expresar sus sentimientos y sus derechos.

No en vano la he mirado a los ojos cuando le hablo, para traspasar las barreras de los mitos y de sus discapacidades y llegar a su persona. Ahí, muy dentro de ella están sus sentimientos. Aquí muy dentro de mí están los míos. Y hoy somos capaces las dos de poner sobre la mesa nuestros sentimientos: decir qué nos pasa; qué nos gusta; qué nos desagrada; qué queremos cambiar y qué queremos mantener.

Un respeto que va más allá de las discapacidades. Un respeto que hace eco a todo lo sembrado.

Desde pequeña en casa se habla acerca de lo que es “tener síndrome de Down”: que es una condición, que claramente no es fácil sobrellevar las dificultades que esto genera, sin embargo que somos un gran equipo en esto: la familia. Que Dios dispone los que nos toca vivir, sin embargo nosotros podemos optar sobre cómo vivimos la tarea que Dios nos asigna.

Es así como hoy sigo aprendiendo de mi hija, y sigo derribando mitos. Es así como hoy ya no soy

REFLEXIONES



yo, la que sugiere pautas de respeto a la individualidad en el colegio, sino ella la que exige su derecho, por ejemplo, al pedir a sus profesores que le adapten el material educativo de acuerdo a sus capacidades.

Y nos sigue pasando que planificamos por ella, sin tomar en cuenta su aporte. Nos sigue interfiriendo esa fuerte barrera social de la discapacidad, frente a la persona.

Si pensamos que en el Colegio, al cual mi hija pertenece, se están formando alumnos y alumnas para que sean futuros agentes activos que favorezcan los cambios culturales y sociales, siento que mis hijas hoy ya son fuente que genera cambio.

Esto no hace más que llenarme el alma de alegría, pero no puedo quedarme con toda esta riqueza sin compartirla. Es por eso que quiero animar a madres y padres, a educadores y otros profesionales del área educativa, simplemente a mirar a lo profundo, a la persona, al sentimiento interno.

Cada día que pasa estoy más convencida que esa es la mirada que nos permite desarrollarnos, tanto a nuestros hijos como a nosotros mismos.

Creo que no da lo mismo que el alumno no participe de una clase (porque al parecer no entiende o no se da cuenta... ¡otro grave error!). Creo que no da lo mismo que nuestros hijos traigan cuadernos vacíos a fin de año.

Mi hija tiene la capacidad de expresar sus sentimientos en forma muy clara. Yo me pregunto... ¿y los que no pueden expresarse hoy, es que no sienten?... Estoy convencida de que sí lo hacen. Si embargo ¿dónde está su equipo?

Y aquí entra en juego fuertemente el rol de la familia. Claramente somos nosotros, su padre y su madre, los que mejor conocemos a nuestros hijos con discapacidad y sin ella.

Y si nosotros miramos profundamente a los ojos, no demoraremos en descubrir lo que hay ahí... sentimientos.

Por eso es que este equipo debe ser fuerte, debe buscar información actualizada, debe buscar ayuda y crear una "casa sobre rocas". Y si siente que no es capaz, debe buscar ayuda. Cada día tiene su afán. Sin agobiarse, pero haciendo camino.

Sin embargo siento que no podemos permitirnos seguir fallándoles. Entiendo que fallarles es dejar la lucha, es dejar de hacer camino. Fallarles no es cometer errores. Cometer errores debiera ser aprender.

Claramente no es fácil, porque esta lucha no es revolución declarada, sino una revolución silenciosa. Porque esta lucha implica cambios nuestros desde adentro, porque esta lucha debe ser con emociones controladas, políticamente correcta y muy paciente. Una lucha que ante la batalla debe generar la necesidad y buscar la calma.

¡Sin duda un gran desafío, que vale la pena vivir, en pro de un derecho a la integración de todas las personas en la sociedad!

Personalmente estoy convencida que si no logramos la integración, es un fracaso nuestro como individuo y como grupo social, no de nuestro hijo.

Mirar profundamente, traspasar la barrera del CI para llegar a las emociones, es la llave para abrir puertas para crecer.